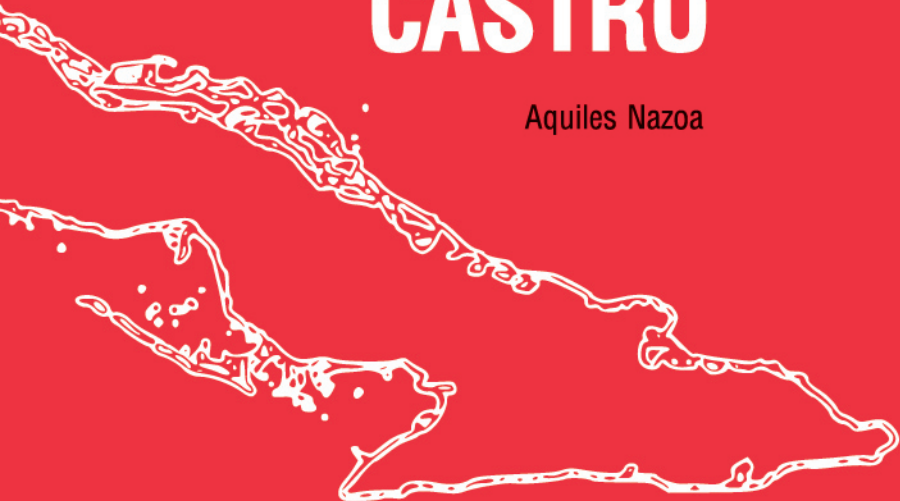


JUVENTUDES
COMANDANTES★

CUBA, DE MARTÍ A FIDEL CASTRO

Aquiles Nazoa



República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial

elperroylarana

investiud

Las palabras del Comandante Chávez “Hoy tenemos Patria”, nos dicen y nos seguirán diciendo que hemos vencido la imposición del destierro y la alienación. Patria o Matria para nosotros significa refundación, reconocimiento y pertenencia. Hace 15 años las generaciones más jóvenes estaban hambrientas, perseguidas o idiotizadas. Hoy las juventudes venezolanas se pronuncian y se mueven en diversidades activas, manifiestas, con rostro propio. Hoy deseamos y podemos vivir luchando por mejorar y profundizar nuestro anclaje a esta tierra venezolana. Hoy la política no es tabú o territorio tecnócrata. Hoy la participación es ley y movimiento continuo.

Para defender lo avanzado en estos años de Revolución Bolivariana es impostergable que sigamos fortaleciendo nuestra consciencia y nuestro espíritu en rebeldía. La lectura nos ayuda a comprendernos desde múltiples espacios, tiempos y corazones, nos da un necesario empujón para pensar-nos con cabeza propia en diálogo con voces distintas.

Leamos pues y escribamos nuestra historia. Leamos y activemos la reflexión colectiva que emancipa, seamos capaces de empuñar las ideas y transformar-nos con palabras y obras.

Decía Martí que no hay igualdad social posible sin igualdad cultural, esta es una verdad luminosa que nos habla de la necesidad de alcanzar una cultura del *nosotros histórico*, que nos una en la inteligencia, el pecho y los sentidos hacia la Patria Nueva, hacia la afirmación de la vida en común, para todos y todas.

Leamos y escribamos, que de ello se nutrirán muchos más de los nuestros y seguiremos creciendo, pues con todos y todas sumando, no será en vano la larga lucha de los pueblos hacia su emancipación definitiva.

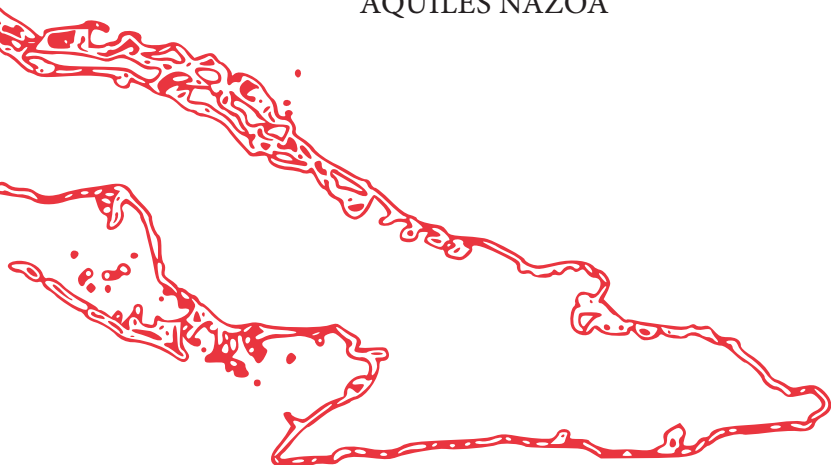
**¡Vivan los poderes
creadores del Pueblo!**

¡Chávez Vive!



CUBA, DE MARTÍ A FIDEL CASTRO

AQUILES NAZOA



© Fundación Editorial El perro y la rana, 2015
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

comunicaciones@fepr.gob.ve
editorialelperroylarana@fepr.gob.ve

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve/mppc/

Impresión: 2015
Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal lf4022015320215
ISBN 978-980-14-2939-5

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

**CUBA, DE MARTÍ
A FIDEL CASTRO**

“Se pueden adquirir conocimientos y conciencia a lo largo de toda la vida, pero jamás en ninguna otra época de su existencia una persona volverá a tener la pureza y el desinterés con que, siendo joven, se enfrenta a la vida”.

EL REFLEJO DE LA HISTORIA

En este ensayo asistimos al encuentro de uno de los más grandes pensadores y humoristas que ha tenido nuestro país con la historia de una pequeña nación caribeña, que en una épica colosal y enfrentándose a la potencia más poderosa del mundo, logró alzar la bandera de la libertad, contra todo pronóstico: la Cuba de Martí y Fidel. En una faceta menos conocida de Aquiles Nazoa, y en un tono no carente de la belleza armónica de su pluma, nos cuenta parte de la gesta que le ha tocado protagonizar a este pueblo antillano ejemplo para otros del mundo.

A partir de una pregunta que hiciera un periodista y dirigente democrático venezolano en tono de burla, en una reunión política, sobre “qué tenía Martí que hacer con la Revolución” que había llevado al poder, en 1959, a un grupo de hombres y mujeres guerrilleros bajo la visión estratégica de su líder Fidel Castro, Nazoa compone un “cuadro histórico y humano” como preámbulo de este hecho glorioso, en él nos va mostrando cómo el hilo de la historia se va entretejiendo hasta hacernos ver el hecho de que “ninguna revolución nace por generación espontánea”.

Aquiles fue un escritor multifacético, y como intelectual orgánico, siempre llevó en alto el estandarte de sus ideales, aunque esto le representara el exilio y la censura tanto de la dictadura de Pérez Jiménez como de la supuesta democracia “representativa” adeco-copeyana. Así como afirmara en su Credo: “creo en los poderes creadores del pueblo”, así creyó y defendió desde el primer instante esa hermosa creación quijotesca que el pueblo cubano tradujo en una revolución verdadera.

Mientras en Cuba se vislumbraba una enorme llama de libertad con la llegada de la revolución de los barbudos, que rompía con un largo período de sangrientas dictaduras y gobiernos títeres arrodillados ante los designios del Departamento de Estado estadounidense, Aquiles lamentaba cómo en nuestro país y en muchos otros de Latinoamérica no terminaba de propagarse la llama, y que por el contrario, los pitiyanquis gastaban sus garras para sofocarla.

En estas páginas, Aquiles nos desglosa el pensamiento antiimperialista del Martí libertario que advierte que “Los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos”. Y nos muestra cómo Cuba era la mesa en la cual los nidos de gánsteres, la delincuencia organizada, la corrupción y la prostitución se sentaban a compartir plato bajo la venia yanqui. Nos describe en buena parte los gobiernos republicanos que tuvo Cuba desde su fundación y hace una biografía de cada uno de los que estuvieron al mando, aunque advierte con su característico humor que: “Más que biografías, algunas parecen fichas policiales”.

En una entrevista que le hiciera Salvador Garmendia en el año 1974, Aquiles decía que “...Cuba tiene el privilegio de ser uno de esos países en que la continuidad histórica da la pauta de todo lo que constituye la integración espiritual admirable, en que hoy la encontramos”; llegaba de una de sus visitas a la isla y se disponía a dar una conferencia en Mérida sobre la situación de la Revolución Cubana. Este acercamiento con la isla, sus constantes escritos, poemas y alusiones a Fidel hicieron que fuera censurado y vigilado constantemente por los esbirros de la cuarta república.

Estas páginas son testimonio del espíritu libre de Aquiles, del compromiso político que en vida censuraron y que tras su muerte trataron de ocultar, es un documento que forma parte de su legado y es de gran valor para comprender la historia de Nuestra América, pero sobre todo para ver, como en un lago, el reflejo de la historia reciente de Venezuela, la de la Revolución Bolivariana, la del Hugo Chávez del 4 de Febrero, quien rescatando del ostracismo el pensamiento de nuestro Libertador Simón Bolívar, despertó de nuevo en nuestro pueblo la noción de Patria, y la de la Revolución Cubana, la del Fidel del 26 de Julio, del Asalto al Cuartel Moncada, quien con el legado de José Martí a la vanguardia puso en lo más alto el nombre de Cuba.

CARLOS DUQUE
ENERO DE 2015

Aquiles era un poeta a tiempo completo. Creador a todo dar, que desplegaba de la causticidad a la ternura en un solo envión. Franco, alusivo y, sin embargo, directo. No le existió otro tiempo que el de la creación de vida, fuese en el acto de escribir un soneto, un panfleto o comer frijoles.

Aquiles fue también un militante de la vanguardia ideológica en la lucha por alcanzar una sociedad distinta. Dio, aquí y allá, recibió, y duro en el rostro. Nunca se amilanó. ¡Ay!, decía, de quien arría bandera.

Tuvo particular fervor por el pueblo de Cuba y su vanguardia, a lo largo de su historia, en el enfrentamiento al colonialismo y al imperialismo. Delinea las dimensiones justas del Apóstol: "... pocos socialistas antes de Lenin habían sido tan precisos como Martí ni tan explícitos en la tipificación del imperialismo, ni tan enérgicos en su denuncia", dijo y escribió Aquiles en julio de 1961. Cita a Martí y agrega:

Compara uno la vehemencia de esas expresiones, su fuerza viril, su fervor antiimperialista con cualesquiera de las que hoy oímos a diario en la palabra de Fidel Castro, y hay motivo para preguntarse si no será Fidel Castro el Martí de su siglo, o si no sería Martí el Fidel Castro de su tiempo.

Aquiles fue un consecuente militante de la Revolución Cubana. *Cuba, de Martí a Fidel Castro*, es un hermoso y limpio testimonio.

EDMUNDO ARAY
JULIO DE 1966

*De vez en cuando es necesario sacudir el mundo,
para que lo podrido caiga a tierra.*

JOSÉ MARTÍ

¿Cuáles son los argumentos en contra?... Se nos confundirá con los anarco-comunistas... ¿Y por qué no tememos que nos confundan con los social-nacionalistas y social-liberales con los radicales socialistas, con ese partido burgués, el más avanzado y el más hábil en el engaño burgués de las masas en la República Francesa?...

*

Y tenemos miedo de nosotros mismos. No nos decidimos a quitarnos la camisa sucia a la que estamos “habituados” y a la que hemos tomado “apego”... Pero ha llegado la hora de quitarse la camisa sucia, ha llegado la hora de mudarse de ropa.

V. I. LENIN

Los revolucionarios suaves son siempre bienquistos entre las clases privilegiadas que se entretienen con ellos como los niños con los globos de papel.

JOSÉ MARTÍ

Fidel Castro en el día

(Regalo de cumpleaños,
13 de agosto de 1961)

**Despierto frente al alba y su alegría
que a cuatro voces canta en cuatro mares,
capitán de sinsontes y palmares,
Fidel Castro inaugura el nuevo día.**

**Dejando va rumores de herrería
por campos, vegas y cañamelares
y levantando pueblos escolares
que lo saludan en la lejanía.**

**Con el atardecer, Fidel regresa
al libro digno y a la digna mesa
de quien ganó su estrella cotidiana.**

**Y al volverse el crepúsculo amarillo,
Fidel se mete el sol en el bolsillo
y le dice a su pueblo: hasta mañana.**





Entre tan espléndidas novedades como ha extremado la América de estos años al calor estimulante de la Revolución Cubana, hay una con cuya mención especialísima deseo comenzar, porque su disfrute, generosamente auspiciado por los cubanos de la Revolución, ha inaugurado a muchas gentes sencillas de nuestra patria en el ejercicio de la más bella forma de la poesía, que es la poesía de los viajes. La Revolución Cubana ha levantado, en lo alto de la Sierra Maestra, una bandera de fraternidad que ha convertido a los pueblos de América en pueblos viajeros. Confiriéndole una nueva significación a la llave simbólica que adorna su escudo, la Cuba revolucionaria, la Cuba heroica de los barbudos, parece hoy como la única puerta que se abre para la esperanza y para el ensueño en medio de un continente aprisionado por alambradas y acorazados. Se comprende entonces el que en el pecho de cada hombre sencillo de nuestra América aliente un corazón ansioso de levantar el vuelo, rumbo a la heroica Cuba. ¡Cuba!, ¡Cuba!, gritamos dramáticamente desde el fondo de nuestra angustia, y tendemos las manos hacia sus horizontes libres, como si ansiáramos rescatar allí un poco de la patria que en nuestra propia tierra se nos niega. Y allí hay, efectivamente, un poco de patria reservada para todos nosotros. “Ustedes han de saber cuando se vean perseguidos –les dijo el gran Fidel el año pasado a los jóvenes latinoamericanos– que aquí en Cuba hay millones de brazos hermanos que los esperan; han de saber que aquí en Cuba tienen también su patria, y que aquí en Cuba los hogares de los hijos del pueblo son también los hogares de ustedes”.

En tan hermosas palabras, iluminadas de la más pura generosidad, no solo exhibe Fidel la alta calidad de sus sentimientos, sino parece prolongar como en un claro eco, las que hace sesenta años escribía José Martí: “En América, a mirarlo bien, el único extranjero, es el espíritu del amo”. Sí, la Revolución al restituir para los cubanos el derecho a tener patria, ha erigido a Cuba en la patria de todos. Y así como en el compañero que sale libre de una prisión, los prisioneros que se quedan sienten realizada un poco su esperanza de libertad, así podemos ya decir a los que de este lado del mar nos echan el cerrojo y ahogan el grito de nuestra garganta: “Qué importa, señor,

que encadenes mis pies y ahogues mi voz, si lo único que tú podrías matar en mí, que es mi corazón, está hace ya tiempo asilado en la embajada sentimental de Cuba”. ¿No es esto mismo lo que expresa, pero con esa ternura y arte a que solo puede llegar la palabra del pueblo, la décima que hoy se canta jubilosamente en todos los campos de Cuba?:

*Los pobres, dejando un rastro
de lágrimas y dolor
sueñan con su salvador
que se llama Fidel Castro.
Por su historia de alabastro
y su espíritu de miel,
Fidel Castro es líder fiel
en la paz como en la guerra
y los pueblos de la tierra
ponen su esperanza en él.*

En el más modesto de los poemas que se le hayan dedicado a Fidel, dejé una estrofa que lo describe tomando el horizonte de América en sus manos y repartiéndolo entre los niños como una tajada de sandía. Confío en que la suerte no me será tan ingrata ni tan cruel, como para no depararme algún día la ocasión de ir a confirmar esa imagen en la realidad, y de acercarme a algún niño del campo cubano, para pedirle que comparta conmigo, aunque sea en una porción muy pequeña, su plato de horizonte. Cada vez que Cuba dispara hacia los aires de América su ramillete de aviones fraternales, acrece mi esperanza de llegar a ser yo un día el último, el más humilde de sus afortunados pasajeros. Entre tanto, mi emoción de la Revolución Cubana se alimenta, un poco parasitariamente, de la que a su regreso me traen los envidiables amigos en quienes la solidaridad venezolana con Cuba tiene hoy sus más eficaces mensajeros. Lástima grande que el explicable deslumbramiento con que vuelven, y la carga de entusiasmo acumulada en el contacto vivo con



una revolución en marcha, les apague a veces la voz y les anude en la garganta las palabras, como si en ellos se cumpliera la verdad del hermoso aforismo: “La única forma de que el hombre dispone para expresar la grandeza, es el silencio”.

Pero soy además hombre de algunas lecturas, y también me gusta cultivar los buenos recuerdos. Y así, movilizándolo uno y otro recurso, con una técnica semejante a la del sobreimpreso cinematográfico, para componer idealmente el cuadro histórico y humano que describe la Cuba de hoy, trato de situar sobre el paisaje de una Cuba con la que yo me familiaricé entrañablemente hace tantos años, el espléndido elenco de valores nuevos y la riquísima variedad de nuevas formas de vida que ha traído la Revolución.

Como términos extremos de ese vasto cuadro, e imponiéndole al conjunto una unidad y un sentido histórico, se yerguen las dos grandes figuras de José Martí y Fidel Castro. Hace poco, cuando en una reunión política se hablaba de la Revolución Cubana, a la extrañeza que le causó a una oyente el que no se aludiera a Martí en los discursos, un joven periodista y dirigente democrático venezolano se burló un poco piadosamente de la dama, y le preguntó a su vez qué tenía Martí que hacer con la Revolución.

No carguemos excesivamente la culpa a los periodistas por estos rasgos de ignorancia, pues atareados como viven en coleccionar trivialidades y sandeces para llenar columnas que la censura del gobierno y la de sus patronos no les permiten dedicar a temas de interés, es explicable que no les quede materialmente tiempo para leerse la historia de América, ni la de ninguna otra parte.

Lo grave es que estos defectos de la formación humanística en gentes que influyen de alguna manera en las orientaciones de la opinión pública, generan con frecuencia errores y descabros que afectan directamente la marcha de la Revolución y el prestigio de sus dirigentes. Porque la ignorancia ensoberbecida de algunos dirigentes sin vuelo espiritual se encogió despectivamente de hombros ante el hecho nuevo que surgía para la Historia en los sucesos del Moncada en 1953, es por lo que tantos partidos revolucionarios del continente purgan ahora, a precio de desprestigio y de desmoralización,



el pecado de haber bautizado a Fidel Castro con los cognomentos de *loquito* y *aventurero*.

Ahí está ahora el loquito; ahí está ahora el aventurero, estremeciendo al mundo contemporáneo con su magnífica fuerza de gigante. Y ahí están ellos, desorientados y entristecidos, abandonados tal vez para siempre de la confianza de los pueblos, y tratando, apresuradamente, de recoger los vidrios de su destartelado prestigio. “Un bruto –ha escrito Florencio Escardó– es un hombre para el que no existe sino lo que él conoce”.

Que el lenguaje en que se anunciaba la Revolución Cubana no figurase en su léxico de anticuarios, que los rostros nuevos con que la Revolución insurja no respondiesen a los venerables clichés que ellos habían acuñado en sus cerebros de pendolistas o de archiveros de las ideas, fueron suficiente argumento para que tantos figurones dictaminasen que lo de Cuba no era una Revolución. ¿Y no me dijo uno de ellos, al que deben estar consumiéndole el corazón esas palabras, cuando le leí el hermoso discurso de Fidel a los magistrados, que con “cursilerías” no se hacía la Revolución?

Ellos han intentado reparar su error erigiéndose ahora en improvisados intérpretes, exégetas o retaguardia ideológica de la Revolución Cubana. Pero parece que, como de costumbre, han llegado un poco tarde. Parece que se han quedado definitivamente atrás, que se han quedado sentados como desolados mendigos a la orilla de la Historia, mientras los pueblos avanzan hacia la luz de aurora que enciende desde Cuba la palabra de Fidel Castro. Cierto que todavía no se han quedado totalmente solos: como a los reyes buenos en el exilio, aún los acompaña la fidelidad de la corte, y hasta algunas musas de sobremesa. Pero el acompañamiento que les prestan se parece cada vez más al acompañamiento de un entierro. ¡Amargo destino el de estas figuras, a quienes su miopía y terquedad en el error los llevó a ver cumplida en sí mismos, la melancólica reflexión martiana: “Qué miserable la vida del que concibió un alto empeño, y muere sin lograrlo”. Su caída es tanto más dolorosa cuanto que sobre las voces que todavía dan de tarde en tarde para indicar que siguen vivos, se impone la voz de dulce entonación campesina, en



que Cuba traduce la emoción de los pueblos ante el advenimiento del nuevo héroe:

*Cuba, flor de maravilla,
Oh flor de gracia y valor,
déjame que con amor
hinque ante ti mi rodilla;
que por la gente sencilla
gloria de tu pueblo fiel,
alce con este clavel
al aire mi mano diestra
y grite: ¡Viva Fidel!
¡Viva la Sierra Maestra!*¹

Pues, sí, señor periodista; sí tiene Martí mucho que ver con la Revolución Cubana, y no reconocer esa relación sería aceptar el “origen eslavo” que le atribuía recientemente Rómulo Betancourt. Precisamente, por haber sido no solo el profeta de la Revolución, sino su precursor, su ideólogo más prestigioso y aun su primer mártir, es por lo que esa región de su inmensa obra de escritor sigue siendo, entre los clásicos hispanoamericanos, una de las de más difícil acceso a las nuevas generaciones, fuera de Cuba Revolucionaria. No es una casualidad el que en la misma medida que el imperialismo norteamericano ha venido fortaleciendo su poderío en la América Latina, las ediciones sucesivas de Martí hayan ido caracterizándose por una tendencia creciente, en los editores, a eliminar los escritos de carácter político en beneficio de los que pudieran tenerse por “puramente” literarios.

Los extremos a que llegó en los últimos años tan cauteloso proceso depurativo se comprueban si comparamos, por ejemplo, una reciente edición argentina del libro *Los Estados Unidos*, con la que por los años veinte había incorporado Rufino Blanco Fombona a sus colecciones de la Editorial Ayacucho; o si compulsamos cualquiera de



1 Décimas de Rafael Alberti.

las viejas ediciones de *Nuestra América*, con la muy pulida, muy forrada en tela y también muy socarrona, que en 1939 compuso Pedro Henríquez Ureña para la Editorial Losada. De la primera se habían expurgado, sin demasiadas explicaciones, todos los grandes artículos y ensayos donde la pluma antiimperialista de Martí ahonda como en su tiempo nadie lo había hecho, en ese enorme pudridero de intereses, de rapiña, de hambre y odio en que sostiene su poderío el capitalismo norteamericano. En la edición de *Nuestra América*, dirigida por Henríquez Ureña, no se afeitó tanto –porque tampoco había allí mucho material riesgoso para el editor–, pero se le amputó precisamente el artículo que le imprimía una especial significación a ese libro: aquel que pone en la picota a los criollos “que –dice él– celebran a los Estados Unidos con tanta pasión como la que ponen en denigrar a los demás pueblos de América”, y que termina con estas palabras cuya verdad se ha confirmado, por contradicción, en el trágico proceso de regresión a la esclavitud colonial, que ha significado en este siglo para todas nuestras repúblicas, la vinculación creciente con los yanquis: “Los pueblos de América –escribía allí Martí– son más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos”.

El aire revolucionario que difunde toda su obra, las señales que se levantan desde su pluma subversiva para orientar el rumbo que seguirán después de él los Zapatas, los Sandinos, los Fidel Castro, fue siempre el problema más conflictivo que la personalidad de Martí significó para los cultivadores del martianismo convencional. Procediendo con un criterio de higienistas políticos semejante al que preside la mayoría de sus ediciones, jamás académico alguno ni inaugurador de estatuas osó aproximarse a la figura de Martí sin haber sometido previamente al héroe a un proceso de detergencia del que sus ideas salían bien bañadas y afeitadas, bien maquillado de retórica su dulce rostro de poeta, como para que su presencia no discordara en esos gentiles convites del panamericanismo, donde se sientan a una misma mesa los generales, los doctores y el embajador de los Estados Unidos. Por las mismas razones, en la mayoría de los biógrafos oficiales de Martí, la nota dominante ha sido siempre



una sospechosa tendencia a presentárnoslo como una especie de ente astral, químicamente puro, distanciado hasta lo inalcanzable de nuestra miserable condición humana, de nuestra miserable tierra y, especialmente, de nuestra miserable actualidad. Acaso en la formulación de tan mirífico esquema –que tiene su ejemplo más acabado en el “Martí Santo” de Rodríguez Embill–, haya colaborado la propia personalidad de Martí, uno de los espíritus más puros, cautivadores y poéticos de todos los tiempos. Pero es indudable que en la reiteración misticista de ciertos martianos, lo que se oculta con frecuencia es un salutífero deseo de no meterse en líos. Pero Martí se les escapa; está demasiado vivo en el afán cotidiano de su pueblo, vuelve a él cada día, recorre con él sus campos, y reitera en la voz del guajiro que canta, el tierno anhelo que embelleció su vida de libertador y de poeta:

*Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar;
el arroyo de la sierra
me conmueve más que el mar.*



Por lo mismo que todos los países hispanoamericanos –con la excepción ahora de Cuba– nos identificamos por la igualdad en la sujeción al imperialismo, todos conocemos en la experiencia las motivaciones históricas que dieron origen a la Revolución Cubana. Ahora, lo que para muchos sigue siendo un enigma es por qué pudo ser Cuba el *primero* de nuestros países en producir una revolución de semejantes características, pues es un hecho que ninguna revolución nace por generación espontánea.

Muchas veces me hice la misma pregunta, y todas las respuestas que hallé son las que pueden resumirse en la expresión “coherencia histórica”. “Pocos pueblos –escribía en 1941 Juan Marinello para prologar el Martí de Julio Antonio Mella–, pocos pueblos pueden mostrar un proceso político tan bien eslabonado como el nuestro. Lo que en un líder es palabra, para después de la muerte es, en el que

le sigue, concepto vivo, y actuante impulsador de su tarea”. Estas palabras las escribió Marinello para demostrar lo que significaba con respecto a Martí el pionero del socialismo en Cuba, Carlos Baliño, y lo que acaba de comprobarse ahora en la insurgencia de Fidel Castro: que en Cuba, así como todo el territorio nacional está unido por una sola carretera, la historia es una continuidad coherente en la que cada hombre parece la proyección de su antecesor, en la que la llama revolucionaria que dejó encendida Martí recorre sin apagarse una distancia de sesenta años, y viene pasando generación en generación, de Martí a Baliño, de Baliño a los Julio Antonio Mella, de los Julio Antonio Mella a los Antonio Guiteras, de los Guiteras a los Pablo de la Torriente, y de los Pablo de la Torriente a la Sierra Maestra. Por eso tiene la Revolución Cubana la emoción juvenil de ese momento en que en unas olimpiadas termina una gran carrera de relevo:

*¡Fidel, Campeón,
te comiste el tiburón!*

Nunca en país alguno de América el mensaje de un libertador se había sostenido tan lozanamente en el aire del tiempo, como en Cuba la palabra de Martí. Él, que a su vez había rescatado la de Bolívar para traerla viva hasta la orilla del siglo veinte, tuvo la fe del que sabe que su obra no va morir, y lo escribió con gran belleza en su prosa de maestro: “Ningún mártir muere en vano, ni ninguna idea se pierde en el ondular y en el revolverse de los vientos”... Pero mejor tal vez lo expresa, porque lo dice con buena música de punto cubano, la musa revolucionaria de ese pueblo que tiene la facultad homérica de enseñar la historia cantando:

*Martí no murió en Dos Ríos,
más bien comenzó a vivir:
él solo cambió al morir
de formas y de atavíos.*



*Él, combate en nuestros bríos,
él madruga en nuestra luz,
él es flor junto a la cruz
de nuestras tumbas obreras;
él es palabra en Guiteras
y victoria en Castro Ruz.*

Al caer en Dos Ríos el 19 de mayo de 1895, Martí dejaba inconclusa una carta para su amigo Manuel Mercado, en la que había alcanzado a escribir:

Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber –puesto que lo entiendo y tengo ánimos para realizarlo– de impedir a tiempo con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos, y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice basta hoy y haré, es para eso.



En la precisión contundente de estas palabras, dejaba Martí como una síntesis final de aquel vigoroso ideario antiimperialista que enriqueció su pensamiento y cuya influencia, de un enorme poder expansivo, transforma en Cuba la última etapa del movimiento independentista en el principio de una revolución nacional. El mismo Martí lo había dicho: él había dicho que “independencia es una cosa y revolución es otra”, y había dicho también que “la Revolución no es la que vamos a hacer en la manigua, sino la que vamos a desarrollar en la República”. Y como para significar que tenía bien claros los dos términos, acudía a este símil que hoy, ampliándolo, podríamos aplicarle al propio Martí en relación con Fidel Castro: “La Independencia de los Estados Unidos vino cuando Washington, y la Revolución cuando Lincoln”.

Para formular con tanta claridad esa delimitación entre las dos formas capitales de la libertad, Martí había sufrido en su patria la dura realidad de un país doblemente sometido: por una parte al poder colonial de España, y por la otra al poderío económico de los

Estados Unidos. El más brillante investigador joven de la historia cubana, Walterio Carbonell, señala como una curiosa paradoja histórica la situación en que se encontraba su país a fines del siglo XIX: Cuba, que tanta sangre había derramado en la lucha contra España, se liberta de ella para comprobar que de quien verdaderamente era una colonia, era de los Estados Unidos. Esta era la situación que había visto con claridad Martí, y por eso su acción de Libertador se orienta simultáneamente a precipitar la ruptura con el poder español, y a frenar, en el frente del azúcar, los impulsos de una burguesía cuya sujeción al capitalismo norteamericano se traducía por una peligrosa tendencia anexionista. Es la época de esos grandes artículos que él produce para *La Nación* de Buenos Aires, y en los que va levantando ese espléndido programa de nacionalismo económico, diversificación de los mercados, liquidación de la discriminación racial, que sesenta años después pondrán en marcha los hombres de la Sierra Maestra. He aquí, por ejemplo, lo que nos dice acerca de ciertas formas de las relaciones internacionales:

Quien dice unión económica dice unión política. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato o algún bachiller, a unión política. La unión con el mundo y no con una parte de él contra la otra.

Y oigamos lo que nos dice acerca de la discriminación racial, largo tiempo practicada en Cuba por una clase dominante que había sido esclavista durante la colonia, y agudizada en los últimos treinta o cuarenta años por la influencia perniciosa de los norteamericanos:

Esa de racista –dice Martí– está siendo una palabra confusa, y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra: dígase hombre y ya se tienen todos los derechos. No hay odio de razas, porque no hay razas.



Pero donde mejor se define lo que podríamos llamar su adelantado fidelismo, es en las dramáticas reflexiones que le sugiere la Conferencia Internacional Americana reunida en Washington en septiembre de 1889, precursora funesta del panamericanismo y de los tratados comerciales basados en la ley del embudo. Era una de esas épocas de abarrotamiento y de crisis, tan habituales en la economía de los Estados Unidos, en que el “buen socio” congrega a su recua de doctores latinos para imponerles la adquisición de mercancías sin salida.

Termina ya el paseo de los delegados –escribiré para *La Nación* Martí–, y están para abrirse las sesiones del Congreso Internacional. Jamás hubo en América, de la Independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos, potentes, repletos de productos invencibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver las causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para América española la hora de declarar su segunda Independencia.

Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se les puede evitar. Lo primero en política es aclarar y prever. Solo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del mundo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no se puede vender.



Evidentemente, no parecía Martí un partidario demasiado entusiasta de la “Alianza para el Progreso”.

Él, ciertamente, no es un revolucionario socialista, porque, aunque fue el primer escritor latinoamericano que divulgó el nombre de Marx en nuestros países (lo llamó “ese viejo con alma de seda y mano de hierro”), la urgencia para él inaplazable de oponerle a España un frente nacional unido, lo llevó a desestimar, a veces, la lucha de clases que prosperaba dentro de la sociedad cubana. Tiene expresiones cariñosas para el periódico *El Proletario* que edita, en Tampa, el futuro fundador del partido comunista de Cuba, Carlos Baliño. Pero entre las frases de un fraternal afecto que le dedica, deja entrever que a la palabra proletario siempre preferirá la más universal de *pueblo*. Pero por otra parte, pocos socialistas antes de Lenin habían sido tan precisos como Martí ni tan explícitos en la tipificación del imperialismo, ni tan enérgicos en su denuncia.

Ellos –escribe de los norteamericanos– creen en la superioridad de la raza anglosajona sobre la raza latina. Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispanoamérica están formados principalmente de indios y negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más, ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera, y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos?

Compara uno la vehemencia de esas expresiones, su fuerza viril, su fervor antiimperialista con cualesquiera de las que hoy oímos a diario en la palabra de Fidel Castro, y hay motivo para preguntarse si no será Fidel Castro el Martí de su siglo, o si no sería Martí el Fidel Castro de su tiempo.





Martí, como Fidel, concebía para el pueblo de Cuba un programa revolucionario que al rescatar para su pueblo la libertad política y el señorío de su tierra, le devolviera también la autonomía de su espíritu. Como podría decirlo hoy Fidel para explicar el admirable trabajo de rescate espiritual que adelanta la revolución. **Marx había dicho que “el trabajo no está solo en sacar a España de Cuba, sino en sacársela de las costumbres”.** Y así como en este sentido alerta contra “la perpetuación, con formas nuevas, o con alteraciones más aparentes que esenciales del espíritu burocrático, militarista y corrompido de la colonia”, **al examinar la nueva tipología urbana que en Cuba conforma sus costumbres y su pensamiento sobre el modelo que le viene del Norte, ninguna estampa le produce tan alto desprecio como la que después generalizará en todos nuestros países el degradante epíteto de “pítiyanki”.** Especie de precursores de los que remozaron en la botella de coca-cola el símbolo secular de las lentejas, representaban entonces la expresión más abominable que había asumido en Cuba la tendencia anexionista, y con ellos se inauguraban para América esas formas de la desvergüenza y de la falta de honor, que alcanzarán en nuestro tiempo un exponente de antología en las siguientes declaraciones del conocido Pepe Figueres:

Mi primer vínculo con Norteamérica es el afectivo. Allí tengo nexos culturales y familiares. He procurado cultivar el idioma y probablemente he leído más en inglés que en castellano. Viajando entre una y otra América, a veces me parece que soy el americano que tiene dos casas, una de ciudad y otra de campo. Soy en este sentido un ciudadano norteamericano que conociera bien nuestra patria del Sur, y la amara, y protestara por la indiferencia de sus compatriotas hacia nosotros.²

Con razón veía Martí en estos latinoamericanos con alma de esclavos un elemento tan pernicioso para la integridad moral de

2 Arturo Ardao: *Las ideas de Figueres*. Editorial Nuestro Tiempo, Montevideo. Citado por Rodney Arismendi en *Problema*, n° 6, junio de 1959, p. 41.

nuestros pueblos como lo pueden ser para la territorial los pactos militares o los absorbentes “tratados de reciprocidad”. Examinado el arrobamiento con que acarician el sueño de llegar a ser norteamericanos algún día, mejor que como caso político le interesaban a Martí los pitiyankis como ejemplo de los extremos –que puede llegar en algunos seres la carencia, casi hormonal, de dignidad y de vergüenza. “Son siervos naturales –dice– que no pueden levantar la frente de la tierra; son como flacas hembras, que no saben resistir una caricia”.

Con esa fauna de flacas hembras –por cierto las únicas hembras flacas en aquella tierra de mujeres espléndidas–, con esas flacas hembras que han proliferado después en las “misiones de ayuda técnica”, en las exposiciones panamericanas de pintura, en el cultivo literario de la “Buena Voluntad”, y en todo ese basurero moral con que barrió la Revolución Cubana, contaba entonces el imperialismo para volver sobre el tema de la compra de Cuba, vigente desde los años del presidente Polk, en 1948, cuando el Departamento de Estado le propuso a España comprarle la isla por cien millones de dólares. Con criterio semejante al que llevó a la prensa yanqui de estos tiempos a condenar la invasión mercenaria, no por el abuso que entrañaba, sino porque había fracasado, el periódico *The Manufacturer* de Filadelfia se opuso entonces resueltamente a la compra de Cuba; mas no por las razones que cualquiera de nosotros invocaría: la de que un pueblo no es cosa que se pueda comprar como si fuera un “coroto”, sino por razonamientos que interesa oír aquí porque al mismo tiempo que nos acercan al espíritu nazi que ha dominado en la prensa yanqui de todas las épocas, son el resumen adelantado de los sesenta años de ofensas y vejaciones que nuestros pueblos han visto vengados, por fin, en la Revolución Cubana. Decía *The Manufacturer* el 16 de marzo de 1889:

¿Cuál será el resultado de incorporar a nuestra comunidad política una población tal como la que habita la isla? Ni un solo hombre entre ellos habla nuestro idioma. La población se divide en tres clases: españoles, cubanos de ascendencia española y negros. Los españoles están probablemente menos preparados que los hombres de ninguna



otra raza para ser ciudadanos americanos. Han gobernado a Cuba siglos enteros. La gobiernan ahora con los mismos métodos que han empleado siempre, métodos en que se juntan el fanatismo a la tiranía, y a la arrogancia fanfarrona la insondable corrupción.

Lo menos que tengamos de ellos será lo mejor. Los cubanos no son mucho más deseables. A los defectos de los hombres de la raza paterna, unen el afeminamiento, y una aversión a todo esfuerzo que llega verdaderamente a enfermedad. No se saben valer, son perezosos, de moral deficiente, e incapaces por la naturaleza y la experiencia para cumplir con las obligaciones de la ciudadanía en una república grande y libre... En cuanto a los negros cubanos están claramente al nivel de la barbarie. El negro más degradado de Georgia está mejor preparado para la presidencia que el negro común de Cuba para la ciudadanía americana. Podríamos arreglarlo de modo que quedase como un territorio o una mera dependencia; pero en nuestro sistema no hay lugar para cuerpos de americanos que no sean, o que no puedan aspirar a ser, ciudadanos.



Esos son los sentimientos que abrigó siempre la gran democracia norteamericana para con sus “buenos vecinos” y sus “buenos socios” y sus “aliados para el progreso”. Y si ya no los expresan en un lenguaje tan directo, es porque ahora disponen aquí de ilustres personajes que nos lo dicen en nuestras propias narices y en nuestro propio idioma; unas veces, desde los discursos oficiales, otras, en las locuras y arrebatos geopolíticos del poeta Juan Liscano, otras, en el angustiado “¡Bochinche, bochinche!”, que nos dispara desde su prosa de *scout-master* la insulsez traducida de Antonio Arráiz, otras en una forma del insulto directo a nuestro pueblo, como “El día de Antero Albán” de Arturo Uslar Pietri, y otras veces todavía en los elegantes llamados contra el desorden que de tarde en tarde nos hace Mariano Picón Salas desde su lejanía parisina en las oficinas de la Unesco. Pero ¿cuál entre estas voces suena más duro en el oído de los pueblos? ¿Estas que desde hace cincuenta años le vienen sirviendo a América con distintos sabores el mismo plato de veneno, o estas que se habían dormido en los labios de José Martí, para, despertar con la nueva aurora en la garganta de Fidel Castro?

El Norte ha sido injusto y codicioso; ha pensado más en asegurar a unos pocos la fortuna, que en conquistar un pueblo para el bien de todos; ha mudado a la tierra nueva americana los odios todos y todos los problemas de las antiguas monarquías; aquí no calma ni equilibra el hombre el misterioso respeto a la tierra en que nació, a la leyenda cruenta del país, que en los brazos de sus héroes y en las llamas de su gloria, funde al fin a los bandos que se lo disputan y asesinan: del Norte, como de tierra extranjera, saldrán en la hora del espanto sus propios hijos. En el Norte no hay amparo ni raíz, en el Norte se agravan los problemas, y no existen la caridad y el patriotismo que los pudiera resolver. Los hombres no aprenden aquí a amarse, ni aman el suelo donde nacen por casualidad, y donde bregan sin respiro en la lucha animal y atribulada por la existencia. Aquí se ha montado una máquina más hambrienta que la que puede satisfacer el universo ahito de productos. Aquí se ha repartido mal la tierra; y la producción desigual y monstruosa, y la inercia del suelo acaparado, dejan al país sin la salvaguardia del cultivo distribuido, que da para comer cuando no para ganar. Aquí se amontonan los ricos de una parte y los desesperados de otra. El Norte se cierra y está lleno de odio. Del Norte hay que ir saliendo.



Se oyen estas palabras torrenciales y furiosas, que son al mismo tiempo las de un fiscal de los oprimidos y las de su más fervoroso conductor, y en ellas vuelve uno a congregar, como lo hace la intuición poética del pueblo, los nombres de Martí y de Fidel:

*Por tierras de Jiguaní,
en alto el fusil llameante,
vi pasar al Comandante
de la mano con Martí.
Y el apóstol dijo así
con verbo tan propio de él:
porque fuiste el timonel
del porvenir del cubano,
más que un padre soy tu hermano;
¡yo estoy contigo, Fidel!*



Pero Martí había sido, además, el hispanoamericano más culto y universal que produjeron nuestros países en la segunda mitad del siglo XIX. Con una riqueza idiomática solo igualada por la de sus cono- cimientos, estrenó a los principales periódicos del continente en un vasto repertorio de temas, todavía novedosos y entonces inéditos, cuya variedad va de la prehistoria de México y las tradiciones indí- genas guatemaltecas, a la poesía de Walt Whitman, el estetismo revo- lucionario de Oscar Wilde, las costumbres funerarias de los chinos en Nueva York, la manera de sembrar el tabaco aconsejada por el *Manual del veguero venezolano* y, desde luego, los grandes sucesos políticos de su tiempo. En sus crónicas dedicadas a la pintura expresionista, es uno de los primeros escritores modernos en oponer al copismo ar- tesanal impuesto por las academias, la independencia expresiva del artista. Volvemos sobre esas páginas iluminadas por la visión de un hombre que al mismo tiempo que un revolucionario en política lo es en arte, y pensamos en el bien que les hubieran hecho a aquellas dos grandes vocaciones venezolanas detenidas por la Academia en pleno vuelo, que se llamaron Cristóbal Rojas y Arturo Michelena. Contra la aceptación del gusto oficial a que tantos jóvenes maestros debieron pagarles sus modestas pensiones a los Guzmán Blanco y a los Crespo, Martí proclama en los impresionistas a los pioneros de un arte más hermoso por más libre y humano.

Esos son los pintores fuertes –exclama–, los pintores varones, los que cansados del ideal de la Academia, frío como una copia, quieren clavar sobre el lienzo, palpitante como una esclava desnuda, a la Naturaleza. La elegancia no basta a los espíritus viriles ³. **Cada hombre trae en sí el deber de añadir, de donar, de re- velar. Son culpables las vidas empleadas en la repe- tición cómoda de las verdades descubiertas.**

3 Algunas veces, las expresiones de Martí que aquí se ponen juntas, pro- cedan de diversos escritos. Otras se han reunido en una síntesis breve, con absoluto respeto del contenido, frases que su estilo aforístico dejó dispersas en el cuerpo de un mismo artículo.

Y añade, contemplando los Degas, algún Renoir y seguramente un Toulouse Lautrec:

Toda rebelión de forma arrastra una rebelión de esencia. Y esa misma angélica fuerza con que procuran dejar creada por la mano del hombre una naturaleza tan espléndida, les lleva por irresistible simpatía, a pintar con ternura paternal y con brutal y soberano enojo, la miseria en que viven los humildes. ¡Esas son las bailarinas hambrientas! ¡Esos son los glotones sensuales! ¡Esos son los obreros alcoholizados!... ¡Esas son las mujeres de gozo! Así son, descaradas, hinchadas, odiosas y brutales.

Con la misma claridad de visión, y en la mejor muestra de aquel estilo que parecía venirle simultáneamente de Víctor Hugo y del alto Siglo de Oro, escribió la crónica más completa y más conmovedora que se haya dedicado al sacrificio de los obreros de Chicago, consagratorio del Primero de Mayo. Ahí brilla también su sagacidad política, especialmente en el primer párrafo, que parece adelantarnos lo que explicará Lenin después en sus críticas a las formas incontraladas del izquierdismo:

Ni el miedo a las justicias sociales, ni la simpatía ciega por los que las intentan, debe guiar a los pueblos en sus crisis... **Solo sirve dignamente a la libertad el que, a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores.**

En marzo de 1883 asiste a una reunión obrera organizada en memoria de Carlos Marx que acababa de morir en Londres. Y escribe en su prosa más conmovida:

Ved esta sala. Karl Marx ha muerto. Aquí están buenos amigos de Karl Marx, que no fue solo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido



del ansia de hacer bien. Él verá todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha.

En posesión de ese variadísimo caudal humanístico que Martí le dejaba en herencia, inaugura Cuba el siglo XX. Y en lo primero que, por resultado contrario, se ven cumplidas sus previsiones, es en ese truculento episodio por el que los Estados Unidos intervienen en la Guerra de Independencia cuando ya está decidida a favor de los cubanos, y como el “muchacho” de las películas no solamente se adjudican el triunfo, sino que quedan con una tajada de Cuba, se hacen reconocer en la nueva Constitución el derecho de decidir en los asuntos internos del país, y de pasada arrasan con Puerto Rico y todo el archipiélago filipino.

Se convertía así Cuba en una República mediatizada, que veía realizarse en la tragedia de su frustración, el más recordado de los aforismos martianos: “Cambiar de dueño no es ser libre”. Acaso sea esa la razón de aquella íntima tristeza que sentimos fluir de casi todas las canciones patrióticas cubanas de principios de siglo. Y si se ha llamado *El Cantor de Cuba* a un músico popular como Sindo Garay, cuya modalidad es una real excepción dentro de las formas musicales que le han dado a Cuba su fama de país alegre, es porque las canciones de Sindo son las únicas que parecen haber recogido aquella entrañable tristeza del cubano que no es enteramente dueño de su paisaje:

*Allá en las playas de Manzanillo
a una cubana yo vi llorar,
y yo le dije, cuéntame, niña,
cuál es la causa de tu penar.*

*—Lloro, me dijo la joven bella,
que aún no me canso de contemplar
nuestra bandera
libre flotar.*



*Una corona para Maceo
y otra corona para Martí.
¡Que viva Gómez, vivan los héroes,
viva la patria donde nació!*

Y como correspondía a un sistema que se levantaba sobre un principio viciado, la sucesión de gobiernos republicanos que entonces estrenaba el país, representa, con excepciones casi milagrosas, la más completa colección de prevaricadores*, asesinos, chanchulleros y ladrones de que podría disponer un museo de la picaresca hispanoamericana. Así como para encarecer el mérito de los héroes se les enumeran en sus biografías las batallas que ganaron, o las proclamas que escribieron, no hay casi un solo presidente en la historia republicana de Cuba, cuya biografía no se adorne con algún dato de esos que le dan un sabor epigramático a la historia. Más que biografías, algunas parecen fichas policiales. Así le preguntamos, por ejemplo, a cualquier cubano quién fue el doctor Tomás Estrada Palma y sin demasiado pensarlo nos responderá que fue un anciano descarado, cuyo principal rasgo, en su condición de primer presidente de la República, fue, como escribe Roa, “hacer cuanto pudo por hipotecar a la República antes de nacida”. A la presidencia de Estrada sigue por 1909 la de José Miguel Gómez, a quien el pueblo bautiza prontamente con el cognomento de “Tiburón”, no solo por su semejanza física con el peligroso animalito, sino por su célebre destreza en el ejercicio de ese productivo arte que los mexicanos llaman “la mordida”. Como buen criollo cubano, a Tiburón no le incomodaba el sobrenombre; lo aprovechó para popularizar su respuesta, muy utilizada en sus campañas electorales, de que “Tiburón se baña pero salpica”. Para completar su biografía presidencial, añadiremos que bajo su gobierno se produjo una revuelta de carácter racial, provocada por el estado de miseria y humillación en que seguía viviendo el hombre de color en Cuba. José Miguel no encontró una manera más viable de reprimirla, que volcando toda la

* Faltan voluntariamente a la obligación de su cargo, son traidores.



fuerza del ejército sobre aquel pobre pueblo, añadiendo a las miles de muertes el escarmiento vejatorio de hacerles cortar una oreja a los sospechosos que quedaron vivos. Por otra parte, la pintoricidad de su persona, el tesón de consumado maestro con que se dedicó a practicar todas las formas del robo y de la corrupción social, y sus ruidosas campañas electorales, constituyen por mucho tiempo uno de los veneros más ricos en que se nutrió esa cubanísima institución de la gracia popular que es el relajó. Él había participado en la primera etapa de la Guerra de Independencia, y aprovechando esa circunstancia para satirizar su característica voracidad, se decía que había peleado en la Guerra Larga porque no le parecía suficientemente larga para él. Concluyó su período en 1913. Durante su administración se estableció la lotería, se legalizaron las peleas de gallos, se generalizó el juego de la bolita y recibió un gran impulso la institución de parasitismo político denominada la botella.

Con vicios semejantes a los de Tiburón, asume la presidencia en 1914 Mario Menocal. Su época es aquella de lo que se llamó la “Danza de los millones”, en que la producción azucarera de Cuba alcanza la cifra más alta de toda su historia, favorecida por el alza que ocasiona la Primera Guerra Mundial. Y Menocal no solo lleva el país a la bancarrota, sino completa él mismo su propia quiebra moral, al delegar prácticamente en el embajador de los Estados Unidos la facultad de defenderlo contra la oposición. Como si en las prendas personales del presidente no tuvieran los cubanos bastante motivo de consternación, tenían que soportar, además, las irritadas proclamas, discursos de barricada y amenazas que les infería el colérico embajador de los Estados Unidos, un yanqui asimilado de cercana ascendencia latina, cuyo apellido González representa como el primer pimpollo del árbol genealógico en que ahora florece el conocido Moscoso. A pesar de tan eficaz colaborador, y de que hizo intervenir dos veces el ejército norteamericano para forzar la reelección, Menocal pasó a retiro en 1921, sin dejar otro rasgo de su gobierno que una gran tronera en el tesoro, y cierta tonada en que el pueblo ponía en solfa sus arrebatos de carácter:



*Tumba la caña,
anda ligero,
que allá viene Menocal
sonando el cuero.*

Entre los años 21 y 25, la historia mundial de los robos públicos, de los chanchullos y de la inmoralidad administrativa, se enriquece de una especial pintoricidad con la llegada de Alfredo Zayas a la presidencia de Cuba. Su disposición para el latrocinio, y la soltura de auténtico especialista con que la cumplía, dejaba a Tiburón reducido a la categoría de un primitivo. Favorecido por su cínico humorismo, a sus expensas florecen las más sabrosas manifestaciones del folklore político. Sus ocurrencias, sus magníficos robos, su vanidad únicamente comparable en la historia hispanoamericana a la de nuestro Guzmán (se hizo levantar una estatua en vida), llegaron a ser la mercancía cómica de mayor cotización entre autores teatrales populares como Agustín Rodríguez, que dio tanta fama al viejo teatro Alhambra, y especialmente entre los caricaturistas, y los compositores populares de rumbas y congas. Con una conga de circunstancias, precisamente, que le servía como grito de guerra a su partido “Liga Nacional”, enfrentó su candidatura presidencial a la que había presentado Tiburón en su intento de vuelta. La conga fue inmediatamente adoptada en son de parodia por los partidarios de Tiburón, y todo aquel período de propaganda electoral se convirtió así en una animada batalla de gente bailando por las calles, en la que cada bando cantaba la misma música con distinta letra:

*—Tiburón no va,
no va, no va, no va,
porque viene Alfredo Zayas
con la Liga Nacional.*

*—Tiburón sí va,
sí va, sí va, sí va,*



*porque viene Alfredo Zayas
con la liga reventá.*

Y mientras se desarrolla en la ciudad la gran farsa de los torneos cívicos, el carnaval de grandes palabras que le inventaron sus millonarios y sus rúbulas para hacerle pasar por sus representantes a los que no son sino sus esquiladores, y por conductores de su destino a los que no son sino su rémora, a la puerta de ese bohío donde parece haberlo dejado para siempre la historia, dispara el hombre de los campos cubanos el gemido de su desesperanza:

*Todos ahora en alianza,
de politicastros buenos,
muy serviciales y amenos
te darán una esperanza
de la buena venturanza
con que muchos te han dormido,
echando luego al olvido
tu angustiosa situación,
mientras ellos del jamón
hasta el forro se han comido.*

Pero no todo será desesperanza para los cubanos. Paralelamente a la fauna de los que envilecieron y sojuzgaron a la nación, florece ya para los años veinte, la esplendorosa juventud en cuyo fervor revolucionario, disposición de sacrificio y formación humanística, rescataba Cuba el legado moral del más bello de sus héroes. No sé de país alguno que haya logrado congregar, en una misma generación, tan finos ejemplares de humanidad joven. Ya en la época de Zayas, como el mensajero más merecido de su generación, levanta su vibrante voz de poeta del porvenir, su voz en que parecía explotar la furia largamente contenida de los pueblos de América, esa primera flor purísima de la Revolución Cubana que se llamaba Rubén Martínez Villena.



¿A dónde vamos todos en brutal extravío
sino a la Enmienda Platt y a la bota del Tío?

Hace falta una carga para matar bribones,
para acabar la obra de las revoluciones;
para vengar los muertos, que padecen ultraje;
para poder un día, con prestigio y razón,
estirpar el apéndice de la Constitución;
para no hacer inútil, en humillante suerte,
el esfuerzo del hambre y la herida y la muerte;
para que la República se mantenga de sí;
para cumplir el sueño de mármol de Martí...

Al Petëofi casi adolescente que enciende el alma de sus húngaros contra el imperio austríaco en el magnífico grito de su “Talpra Magyar”, para morir él mismo envuelto en sus llamas, se parece Rubén Martínez Villena en el ardor de sus veinte años impacientes, en el acento colérico de su mensaje, y en el ejemplo que él encarna de amor al pueblo, por el que muere. Comido de tuberculosis, pero todavía con posibilidades de salvarse, cuando debe elegir entre seguir luchando por Cuba y recogerse en un sanatorio de reposo, responde sencillamente a sus amigos: “Yo sé que no tengo cura, y quiero darle mis últimas energías a la clase obrera”.

¡Qué ganas dan de coger estas palabras y restregárselas en las naricillas a esos pequeños pajes del carrerismo local cuyos frecuentes tiquismiquis y saponcios –a veces divulgados en los periódicos– han servido para desvirilizar el lenguaje de la Revolución venezolana, con la adopción oficial de vocablos señoritiles, como “surmenage” y “fatiga mental”.

Angélico, puro, y junto a eso primordialmente hombre, era el poeta revolucionario Rubén Martínez Villena. Su palabra era la palabra de los pueblos, iracunda e irrespetuosa, y por eso, en la ventisca insurreccional que se levanta de sus versos para estremecer la conciencia de los cubanos, vuelven a resonar las palabras con que el joven Bolívar de



1811 emplaza la cobardía cautelosa de los viejos: “¡Que los grandes proyectos deben prepararse en calma! ¿Trescientos años de calma, no bastan?”. Su palabra y su acción, que se afincaban en la lección antiimperialista de Martí y en una sólida raíz marxista, venían a sacudir el sopor de una Cuba estacionaria, de un pueblo hundido en la descreencia y en la decepción, de una ciudadanía joven cuyo destino se había inmovilizado entre una tradición política caracterizada por el pillaje y el robo, y la humillante sujeción a todo lo que representaba la Enmienda Platt, o como lo cantaba la décima popular:

*Enmiendas, intervenciones,
el cuento de la bandera,
y asomadas dondequiera
las odiosas ambiciones.
Elecciones, reelecciones,
el pueblo que viene y va,
pero la tierra no es ya,
ni del mambi que peleó...
¡Solo el collar se cambió
porque el mismo perro está!*

Décimas satíricas, sones y rumbas intencionadas que le confieren una especial beligerancia histórica a los primeros discos del “Trío Matamoros”; chistes que le acrecientan su prestigio nacional a la chispa cómica de Cozuelito Novoa, o a la ironía aristocrática de Miguel de Marcos, o a la musa algo sicalíptica** del poeta festivo Castor Vispo, son las expresiones en que vengaba su desencanto y su íntima amargura aquel pueblo que había dispersado su sentido de la historia en las formas degenerativas del relajó y del choteo. Pero con razón había dicho Martí que “cuando un pueblo entra en revolución, no sale de ella hasta que no la corona”. Y a reavivar las fuerzas potenciales que parecían haberse inmovilizado para siempre en Dos Ríos, a la Cuba escarnecida y desmoralizada

** Pornográfica, erótica, que excita la lujuria.

del taimadísimo Alfredo Zayas, insurge por el año 23 Rubén Martínez Villena. “Hombre –había dicho también Martí– es el que estudia las raíces de las cosas. Lo demás es rebaño”. Y Martínez Villena que oponía ese concepto raigal de la hombría a aquellos arranques irrazonados del valor individual que confunden la doctrina con la anécdota, la discusión con el corrillo, y la admiración revolucionaria con el culto de la personalidad, en un acto de sencilla valentía, que estremeció por su significación a la Cuba de su época, y en el que tiene su más inmediato precedente Fidel Castro, instauró una demanda judicial contra el presidente Zayas, enumerándole una serie de delitos relativos a abuso de poder, prevaricato y robo del tesoro, cuyas sanciones en conjunto sumaban cien años de presidio. Y en la prisión donde resultó él ser el preso, pudo haber hecho suyas las varoniles palabras que treinta años después pronunciará Fidel Castro ante sus jueces: “Es concebible que los hombres honrados estén muertos o presos en una república donde está de presidente un criminal y un ladrón”.

Con Martínez Villena se consolidan y amplían en Cuba, además, las ideas marxistas que ya desde los últimos tiempos de la Independencia habían introducido en las luchas populares Carlos Baliño y Diego Vicente Tejera. Tradujo a Bujarin, y fue uno de los primeros cubanos en viajar a la Unión Soviética. Enfermo de tuberculosis a causa de su infatigable trabajo revolucionario, había accedido a ir a recluirse en un sanatorio soviético. Pero engañándolos a todos, en un descuido del personal que lo atendía, se fugó del sanatorio con el objeto de conocer de cerca la vida en el Estado Socialista y divulgarla en su patria.

El signo de universalidad con que ha favorecido siempre a Cuba su condición de país marinerero y bien situado, se ha reflejado para los cubanos en la prioridad sobre cualesquiera otros pueblos de América, con que llegaron a ellos las grandes corrientes del pensamiento revolucionario mundial. Sus relaciones, por ejemplo, con el marxismo, tienen para ellos el carácter de un nexo familiar, y les viene en este sentido, a través del nombre de Pablo Lafargue, secretario fidelísimo de Carlos Marx y el más querido de sus yernos, que había nacido en Santiago de Cuba.





Con intensidad semejante a la de Martínez Villena, brillan en esa Cuba auroral de los años 25 al 30 nombres juveniles que después se han hecho clásicos en la historia de América. Es la época veinteañera de Juan Marinello, tan entrañablemente asociado en nuestros afectos por su espíritu nobilísimo, por su amor insobornable al pueblo y por su causal humanístico al nombre de José Martí. Es la época en que dice sus primeras grandes conferencias de denuncia antiimperialista el joven dirigente universitario que se llama Raúl Roa, hoy vanguardia ideológica de la Revolución Cubana en el mundo.

La devoción revolucionaria no puede tener preferencias. Pero cuando uno sigue la trayectoria ascendente de Raúl Roa en la historia contemporánea de Cuba, la que viene desde los agitados días del Directorio Estudiantil hasta la vibrante lección de dignidad que nos está dando en su puesto de la ONU; cuando uno mira el generoso impulso con que proyecta su claridad espiritual sobre el destino de los cubanos, cuando uno siente su corazón penetrado de la martiana ternura con que ese hombre vigoroso y sencillo cumple su voluntad de echar su suerte “con los pobres de la tierra”, uno siente que se le escapan hacia él, irremediabilmente, aunque nos duela en las entrañas dejarlos ir, todos aquellos sentimientos de respeto, de veneración y amor a los mayores, que no tuvimos en quién poner en nuestra propia patria. Somos esa generación sin maestros a que aludía dramáticamente en estos días Domingo Alberto Rangel. Toda comparación es odiosa. (Odiosa, sobre todo para el que sale perdiendo). Pero la inteligencia humana no puede negarse a ejercer aquella facultad que la define, que es precisamente la de relacionar y contrastar. Y cuando reconocemos la condición magistral en hombres como Roa o Fidel Castro, cuando yo llamo en uno de mis libros a Fidel Castro Maestro de la Juventud de América, es porque **el maestro no está donde está el título, sino donde está la enseñanza.**

Maestros, maestros plenos en amor del pueblo, en gallardía civil y en frescura de ideas, son los hombres al estilo moral de aquellos que ilustraron la década del veinte cubano, que cuando no mueren ametrallados por una tiranía, como Julio Antonio Mella, o por sicarios del

imperialismo, como Antonio Guiteras, van a morir por la libertad de otro pueblo, como Pablo de la Torriente Brau, caído por España, sobreviven como los Roa para que en ellos sobreviva la Revolución. Por la insurgencia de estos jóvenes titanes a la vida nacional, y por la ternura de hermanos con que se acercan a compartir sus ideas revolucionarias con zapateros y cortadores de caña que vienen a buscarlos desde sus barracones en el campo o desde sus tugurios en los solares habaneros, como fue el caso del zapatero Blas Roca y del campesino Jesús Menéndez, es por lo que la vida política de los cubanos, llevada hasta entonces a ritmo de sainete costumbrista, asume una majestad de epopeya al advenir la época de Gerardo Machado. Y si el tremendo movimiento de lucha activa que desataron no desembocó en la Revolución, fue de una parte, porque la concebían en términos principalmente urbanos, siendo Cuba un país cuya mayor fuerza está en los campos, como lo habían demostrado los mambises, y como lo acaba de confirmar Fidel Castro; y de otra parte, porque les faltó cohesión. Representaban una diversidad de fuerzas y no una fuerza única. De un lado, el jacobismo y hambre de acción de los más jóvenes, “como si les urgiera ir a morir por su país”; de otro, la falta de solidez moral de hombres como Grau San Martín; de otro, el espíritu politiqueril de Sergio Carbón, que ya entonces empezaba a manifestarse, y aún de otras partes, la confusión pública propagada por el partido fascista ABC, abrieron entre todas aquellas fuerzas todo un laberinto de grietas y disentimientos por las que se movía incansablemente el Departamento de Estado, representado en los acontecimientos por Summer Welles. La fuerza de vanguardia popular era, sin duda alguna, la Universidad. Pero el estudiantado, aunque abnegado y combativo, estaba por esos tiempos algo penetrado de ideas trostkistas, caracterizadas por la soberbia, el individualismo, el desprecio a la disciplina y la voluntad de prepotencia.

De lo que fueron aquellos días, nos dan una idea aproximada algunos de los informes con que la embajada norteamericana en La Habana mantenía a su gobierno al corriente de la situación. Hace bastantes años, la revista londinense *Punch* publicó en su sección



“Charivaria” la siguiente parodia de nota social que después se ha hecho famosa:

Salvo que el novio llegó con dos horas de retardo a la ceremonia, olvidó los aros, perdió una maleta al emprender el viaje de novios y al regresar a buscarla cayó al agua muriendo ahogado, la boda del señor Charles Smith, celebrada ayer, constituyó todo un éxito social.

Para no quedarles atrás a los buenos humoristas ingleses, el 24 de febrero de 1933, el embajador de los Estados Unidos en Cuba, Harry Guggenheim, comunicaba al Departamento de Estado la siguiente nota:

Si exceptuamos la explosión de ocho bombas durante la noche del 23, el hallazgo de armas y municiones en el edificio que antes ocupaba la YMCA y los numerosos arrestos de supuestos conspiradores, el día transcurrió en La Habana con entera quietud.⁴

Postulado por el Partido Liberal, Machado había sucedido a Zayas en 1925, y desarrolló en su primer período una política de cierto énfasis nacional que se tradujo, por ejemplo, en la construcción de la carretera central, que une al país y la del Capitolio de La Habana que siempre sirvió para desunirlo. Con antecedentes tan eficaces, y una Constitución que había mandado a hacer a su medida, pudo reelegirse en 1929. Pero al mismo tiempo que se inaugura su segundo período, comienzan para Cuba los días trágicos de la crisis económica que se abatía sobre el país como repercusión del gran crack norteamericano. Muy parecida a Venezuela en multitud de aspectos, Cuba lo es también en los fenómenos que condicionan la conversión de sus presidentes en Tiranos. “Para el año 33 –escribe Carlos Rafael Rodríguez– la tensión se hacía exasperante, porque también el terrorismo había emergido como

4 Todas las citas que aquí se usan de documentos norteamericanos relativos a esos momentos de la historia cubana, fueron tomados del artículo “La misión Welles”, de Carlos Rafael Rodríguez, quien las extrajo del libro: *Foreign Relations of the United States*, vol. V-1933. The American Republics.



fruto de la desesperanza y la desesperación sin rumbos. Los sueldos de los empleados públicos habían sido rebajados en un 60 % y durante varios meses no habían sido abonados. El presupuesto andaba por su cifra más baja... La deuda exterior, que Machado no dejaba de pagar por temor a consecuencias políticas, es decir, a la represalia y al abandono de los banqueros yanquis, imponía sobre las finanzas públicas un peso abrumador”. Por su parte el secretario de Estado, Cordell Hull, en una comunicación que trasmite a Summer Welles el primero de mayo de 1933, nos ofrece un clarísimo examen de la situación:

Con el rápido crecimiento de los problemas económicos –escribe– la oposición no solo se hizo activa de nuevo, sino que aumentó gradualmente hasta adquirir un grado de ardor y animosidad contra el Presidente, hasta ahora desconocido en Cuba...

Y añade estas palabras, que harán pasar el nombre de Hull a la historia como el de un profeta, y que si yo leyera sin decir de quién son, ustedes le atribuirían a Fidel Castro:

Es evidente –le escribe Hull a Welles– que en tales condiciones, aquellos grupos de la joven generación de los cuales deben surgir los jefes de la Cuba del mañana, están siendo educados por la experiencia de que los cambios de gobierno en Cuba deben ser efectuados no por el proceso ordenado del gobierno constitucional, sino recurriendo a medidas de violencia, y de revolución.

Como reflejo en el alma popular de aquella situación caracterizada por la brutalidad de las fuerzas represivas, la musa de los cantores de Cuba, tradicionalmente festiva o endulzada por un melancólico lirismo, tiene el mismo timbre bronco y el mismo estilo jacobino de los discursos antimachadistas que estremecen a la nación desde la tribuna del Directorio Estudiantil:

*El pueblo que hoy te condena
supo llevarte al poder
en condiciones de hacer*



*una labor santa y buena.
Pero el corazón de hiena
que late dentro de ti,
no permitiéndolo así
te lo hizo pisotearlo todo
manchando con sangre y lodo
las doctrinas de Martí.*

Hay un episodio memorable que vino a poner su punto de gracia cubana en aquella atmósfera ya demasiado cargada de tragedia. En vista de que los maestros llevaban largo tiempo esperando inútilmente que les pagaran sus sueldos, las muchachas de la Escuela Normal tomaron la iniciativa de salir en una gran manifestación de apoyo al profesorado. Y con sus lindos uniformes y sus libros al brazo, se echaron a la calle rumbo al palacio presidencial. Considerando Machado la enorme cobardía que significaba volver la brutalidad de sus policías contra aquel tumulto de muchachas, apresuradamente mandó a recoger a todas las prostitutas de La Habana, y las lanzó al asalto de las manifestantes. Como resultado de la tremenda batalla que tuvo lugar entre los dos bandos, la mayoría de las pobres muchachas quedaron en paños menores, cuando no totalmente desnudas en plena calle. Las desvestidas se refugiaron como pudieron en los edificios próximos, las demás se retiraron, y así quedó frustrada la manifestación. Pero al llegar momentos después la noticia de estos sucesos a la universidad, los estudiantes se pusieron inmediatamente en movimiento. A toda prisa les mandaron a pedir prestados sus uniformes a sus compañeras. Se maquillaron y se arreglaron el pelo lo mejor que pudieron y organizaron otra manifestación, idéntica a la anterior, pero en la que solo iban ellos disfrazados de mujer y cantando el Himno Nacional con voz de falsete. Los efectivos del batallón de prostitutas, que se habían quedado en estado de alerta, al ver que se aproximaba una nueva manifestación, salieron de todas las bocacalles en verdaderos racimos, resueltas a repetir la hazaña anterior. Pero para su sorpresa, en el instante decisivo del asalto, vieron que como a una sola voz de



mando las supuestas muchachas se sacaban por debajo de los camiones las más resonantes correas de hombre. Y aunque, la verdad, no las maltrataron, al perseguirlas en la fuga produjeron uno de los espectáculos más extraños que recuerda la historia de La Habana, adelante el revuelto pelotón de prostitutas pidiendo socorro y en su persecución, a toda carrera, aquella extravagante cuadrilla de colegialas, que gritaban con voz de hombre: “¡Vamos a ver ahora, chivatas, vamos a ver ahora!”

Nuestra patria se enorgullece de la abnegación fraternal y noble idealismo con que participaron en aquellas luchas heroicas de la juventud cubana, algunos jóvenes de Venezuela. En el lóbrego castillo de La Cabaña, murió asesinado Francisco Laguado Jaime. Su cadáver como el de tantos jóvenes de aquella época, fue botado al mar y comido por los tiburones. El crimen se puso en evidencia porque en una pesca de tiburones cayó el que le había arrancado un brazo, y al abrirlo se lo encontraron, fresco todavía, envuelto en un jirón de manga de la camisa a la que seguían adheridas las yuntas de medicitos venezolanos que Laguado usó siempre. Su sacrificio mereció el homenaje popular de un son:

*Murió Francisco Laguado,
flor de los hombres varones.
Quien lo mató fue Machado
y en vez de haberlo enterrado
se lo echó a los tiburones.*

Y en el año epilodal de esos tiempos de lucha, en 1935, junto a su inseparable compañero Antonio Guiteras, caerá en la vía de Matanzas, Carlos Aponte. Los venezolanos ignoramos el fabuloso personaje que tenemos para una gran novela revolucionaria, en la figura de este Carlos Aponte, todo ventura y pasión de la libertad, que como escribe Pablo de la Torriente al evocarlo, “escribió a punta de pistola el código de la Revolución”. Ya antes de ir a luchar a Cuba había peleado fieramente junto a los bravos de Sandino; había luchado junto al pueblo de Honduras, El Salvador, México, Colombia y el Perú. Su temperamento y



sus procedimientos eran los de un Pancho Villa más urbano. El único nexo de relación humana que reconocía como respetable era la identificación revolucionaria. Fue duro, fue leal y fue implacable. Y como lo dice también quien tanto lo admiró en la amistad y en la lucha, “fue un hombre de la Revolución. No tuvo nada de perfecto”.

Los norteamericanos, que para conservar sus intereses en la América Latina se muestran lo mismo, partidarios enternecidos de la constitucionalidad, como en Venezuela, o la derriban de una patada, como en Guatemala, en vista de la situación tan claramente caracterizada por míster Hull, concibieron sucesivamente y al ritmo de los sucesos una serie de fórmulas destinadas a conservar por sobre todas las situaciones, su control sobre el destino de la nación cubana.

La primera fórmula, aplicada al darse por vencido Machado el 12 de agosto de 1933 por la presión de una huelga resueltamente insurreccional, consistió en una operación semejante, aunque sin incluir el elemento homicidio, a la que acaban de aplicar en el caso de Chapita con respecto a Balaguer. Reemplazaron simplemente a Machado por un pelele llamado Carlos Manuel de Céspedes, incluyendo, eso sí, en el nuevo gabinete a un alto jefe del ejército, un general Herrera, a quien Welles, en un informe al Departamento de Estado, describe como “extremadamente maleable a las sugerencias que representan el interés del gobierno de los Estados Unidos”.

Pero a la resistencia encolerizada que el pueblo opuso a esa componenda palaciega, hubo de acudir Welles a una segunda fórmula que consistía en alentar la insurrección contra Céspedes y Herrera entre los sectores más reaccionarios de la oposición, como el partido ABC y los Nacionalistas, los que de alcanzar su objetivo impondrían un nuevo presidente por una parte, y por la otra, desatarían la represión en gran escala contra el pueblo. Fue, por lo menos en propósito, lo mismo que hicieron en Venezuela al impulsar al Partido Copei a intervenir en las acciones populares contra Pérez Jiménez cuando su caída era ya inevitable. Pero míster Welles se vio momentáneamente obligado a ceder a la fuerza insurrecta del pueblo, y al golpe decisivo que recibe el gobierno con el alzamiento de los sargentos al mando de Batista, el 4 de septiembre.



Es el momento en que se liquida el machadismo y se instala en palacio el famoso gobierno de la Pentarquía Revolucionaria, que integraban Sergio Carbó, José María Irisarri, Guillermo Portela y Porfirio Franco, bajo la presidencia del doctor Ramón Grau San Martín. La elección de Grau para ejercer la presidencia de ese gobierno plural se justificaba por el prestigio democrático que hasta ese momento había sabido ganarse entre el estudiantado, y porque su fama como fisiólogo atraía para la causa revolucionaria las simpatías del mundo universitario y científico del continente. Grau había publicado dos libros de alta importancia dentro de su especialidad, el mejor de ellos *Fisiología de los alimentos*, en que adelantaba algunas de las ideas después desarrolladas en los libros de Walter Cannon, y en *Las bases fisiológicas de la alimentación*, publicado en México por Jaime Pi Suñer.

A tenor del cambio operado en la situación con la insurgencia del gobierno revolucionario, modifica también su estrategia el taimado místico Welles. Casi fascina la destreza y flexibilidad de serpiente con que este hombre se desliza por entre las más enrevesadas situaciones. Político de gran lucidez, aunque algo soberbio, mueve sus piezas con el sigilo del que sabe que se enfrenta con el país que había dado a un Capablanca. Poniendo a funcionar su excelente olfato, y como si comprendiera con Lenin que política es fuerza, los primeros movimientos de la estrategia wellesiana se orienta en dirección de Sergio Carbó, representante de Batista en la pentarquía, y suerte de apuntador intelectual de todos los actos del sargento. Y al mismo tiempo que místico Welles se consagra a cultivar a Batista a través de Carbó, por otra parte, se dedica a fomentar muy sutilmente en Grau la animadversión contra Batista. Habría podido místico Welles, como se iba a demostrar diez años después el autenticismo, ganarse al presidente Grau para su causa. Pero, así como detrás de Batista estaba el aventurerismo logrero de Sergio Carbó, lo que se pudiera llamar el alma política de Grau –y no solo de Grau sino del aspecto verdaderamente revolucionario de aquel movimiento–, era la figura insobornable, ejemplo de patriotismo y de alta inteligencia, que se llamaba Antonio Guiterras. Más que a Grau,





que no era sino un liberal algo tímido, a lo que realmente le temía el imperialismo era a las leyes de nacionalización y al programa social que Guiteras había preparado en largos años de “subsuelo” revolucionario, y ahora afloraban en el gobierno, apuntaladas en la pistola implacable del venezolano Carlos Aponte. El progreso de las maniobras de mister Welles en el seno del gobierno se traduce por la renuncia de varios de sus miembros, al triunfar un proyecto de decreto que presentó Sergio Carbó, acordándole a Batista el ascenso a coronel. Pero contra las esperanzas del señor comisionado yanqui, la siguiente jugada en esta especie de ajedrez por trasmano, la ganó Guiteras con la consolidación de la corriente guiterista en el poder, al asumir Grau San Martín la jefatura plena del gobierno. Y mientras por un lado empieza a progresar entre los revoltosos sargentos la fuerza disciplinaria de Batista, por el otro avanza, en el gobierno, una acción revolucionaria a fondo, significada especialmente por su acento antiimperialista. Ante las sombrías amenazas que mira venir el imperialismo en la adopción de leyes como las que acordaban la intervención de los monopolios del teléfono y la electricidad, el Departamento de Estado juega la única pieza movable que por ahora le queda, que es la del chantaje. Como después lo hicieron en Bolivia, con los trágicos resultados que están a la vista en la actual crisis de ese desdichado país ^{***}, negaron los yanquis su reconocimiento al

^{***} A finales de los 50, 8 de cada 10 bolivianos no sabían leer y, por tanto, no podían votar, sin embargo, en 1951 fue electo como presidente de Bolivia Víctor Paz Estenssoro, la Rosca minera (oligarquía y embajada norteamericana) desconoció ese triunfo electoral por boca del presidente saliente. Los días 9, 10 y 11 de abril de 1952 el pueblo respondió y exigió sus derechos, derrotando militarmente al ejército regular que respondía a la oligarquía que para entonces había perdido el mar con Chile, el Acre con Brasil y el Chaco con Paraguay. Entre 1952 y 1964 se desarrolló en Bolivia lo que se conoce como la Revolución Nacional, liderada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Las vanguardias, representadas por el Comité Obrero Boliviano (COB), exigían la nacionalización de los recursos minerales en manos de empresas norteamericanas (estaño y petróleo, específicamente). Paz Estenssoro, por presión de los Estados Unidos, que siempre defiende a sus capitales aliados, estaba en contra de la nacionalización. La alianza entre el presidente y los EE.UU., que amenazaron con un bloqueo económico, negando la entrada del estaño a las refinerías en territorio norteamericano, produjo

gobierno, sembrando con esto un verdadero pánico entre sus integrantes. Por su parte, el único peón que le queda por mover todavía al gobierno se llama Carlos Hevia, verdadero “recurso de audacia” que ya sobre el instante final viene a reemplazar a Grau San Martín, para cumplir una fulgurante presidencia de 24 horas.

Y la partida, que había durado poco más de cien días, se decide dramáticamente a favor de los norteamericanos, con el ascenso a la presidencia de la marioneta batistiana Carlos Mendieta, la derogación de las “leyes rojas”, el reconocimiento del gobierno por los Estados Unidos, la persecución y encarcelamiento de los dirigentes de izquierda que habían sobrevivido a Machado, la liquidación del movimiento sindical y el miserable asesinato de Antonio Guiteras por

una “nacionalización” que significó fuertes indemnizaciones a las empresas gringas expoliadoras. Así Bolivia se convirtió en el país que más “ayuda” recibía de los EE.UU. Mediante el chantaje que Nazona señala, estos dos gobiernos se convierten en aliados contra el comunismo, y acabaron con lo que se perfilaba como una verdadera revolución social. En 1953 se firma un acuerdo para que Bolivia reciba alimentos de EE.UU., entre marzo y junio de ese año los precios del estaño fueron afectados, y en noviembre el presidente destituyó a los ministros no aprobados por Washington. En 1955 se redactó el Código de la Educación Boliviana (también influido por los EE.UU. En 1956 el parlamento aprobó, sin debate público ni modificaciones, el Código Davenport de petróleo, que había sido redactado en los EE.UU.; este daba la empresa Gulf Oil Company concesiones sobre reservas gasíferas en todo el país. En 1958 y 1961 se firmaron con Washington acuerdos militares que imponían al ejército boliviano una doctrina de contrainsurgencia, cuyo enemigo interno, caracterizado como “subversión comunista”, era el pueblo, que como milicias en 1952 había propuesto a ese mismo componente militar como ejército obrero, y era el ala militar verdaderamente nacionalista, que lo proponía como ejército productor. Durante el mandado de Hernán Siles Zuazo se aprobó un plan de ajustes económicos dictado por el FMI. Era tan evidente la injerencia gringa que los funcionarios de esa embajada y no los bolivianos designaban la sucesión presidencial, así fue vetado como candidato presidencial Juan Lechín (secretario general de la COB), y Paz Estenssoro fue de nuevo presidente desde 1961, año en que se ilegaliza y penaliza en la ONU el masticado de coca, y este pitianqui se compromete a eliminar la ancestral cultura del akulliku en 25 años. El 16 de abril de 1961 Fidel Castro declara que “era posible hacer una revolución socialista en las propias narices de los EE.UU.”, el presidente gringo J. F. Kennedy lanza la “Alianza para el Progreso” para frenar la influencia cubana en el continente. Dos años después y como última recepción de Estado, antes de que fuera asesinado, le dice a Paz Estenssoro, “lo que usted hace para su país es lo que deseamos para toda América Latina”.





Fulgencia Batista, el 8 de mayo de 1935. Así venían los hechos a darles la razón al reducidísimo grupo de grandes dirigentes antimachadistas que, como Raúl Roa, habían combatido tenazmente las ilusiones que la gran mayoría se hacía con la mediación Welles. La sutileza con que el delegado Welles encubrió el verdadero sentido de la intervención norteamericana en la liquidación del machadismo, dio lugar a que muchos vieran en él a un aliado de la causa popular, de la misma manera que muchos aquí rebosaron de júbilo cuando el Departamento de Estado felicitó al pueblo de Venezuela, por haber derribado la tiranía de Pérez Jiménez, agregando, cívicamente a la felicitación, su esperanza de que se celebraran pronto elecciones libres.

En la impresión optimista que los cubanos tenían de la misión Welles, colaboraba también la circunstancia de que en aquellos días iniciaba el presidente Roosevelt la llamada “política de Buena Vecindad”. En cuanto al golpe del 4 de septiembre, el hecho de que fueran subalternos y no jefes los alzados también sorprendió la buena fe de la mayoría. Y por haber sido uno de los pocos que vieron con claridad en aquel país enceguecido por su pasión de la libertad, fue por lo que Roa no pudo participar del gobierno revolucionario, después de haber tenido tan decisiva figuración en el proceso insurreccional contra Machado, especialmente como organizador de la gigantesca huelga general que estalló el 12 de agosto de 1933. Parece un destino inexorable el que estos hombres de visión clara se queden solos alguna vez, y también parece fatal que en la solicitud con que luego acuden a ellos los que un día los abandonaron, se cumplan las palabras un tanto humorísticas de José Martí: “Suele pasar a los pueblos lo que a las casas enemigas de médicos, que llaman al médico, pero demasiado tarde”.

El impacto moral de la derrota dejó al pueblo de Cuba confundido entre los más encontrados sentimientos y reacciones. Junto a la sensación de frustramiento y desengaño de los que vieron caer a tantos de sus hermanos para tan miserable recompensa, empezaron a prosperar los actos de desesperación, las tendencias al terrorismo y al gangsterismo político, o el cinismo intelectual y desprecio a toda disciplina, que fomentaban especialmente los trostkistas. Pero de

aquella peripecia extraordinaria, su primera prueba de fuerza en este siglo, le quedaron a Cuba dos enseñanzas invalorable y ampliamente capitalizadas después para la Revolución: la primera, como lo dice Carlos Rafael Rodríguez, “que todo progreso que logre nuestro país tendrá que serle arrancado al imperialismo. Y para conseguirlo habrá que contar al imperialismo precisamente como la principal fuerza adversaria”. Y la segunda enseñanza fue que de tanto enfrentarse con las armas de la fuerza pública, los cubanos terminaron por perderles el miedo y por familiarizarse con su uso.

Tratando de acallar el espíritu de rebelión que aunque algo desmoralizado, todavía tenía mucha fuerza, el títere Mendieta confirmó dos de las leyes que ya había impuesto el gobierno de los cien días: la que le devolvía su autonomía a la universidad, y la que derogaba la Enmienda Platt, derogación por lo demás inútil, porque para que los norteamericanos intervengan en la política interior de los países hispanoamericanos, no parece ser necesario que su facultad de intervenir figure en las constituciones.

Todavía en el último gran reflejo de aquella época memorable de Cuba, el odio creciente contra la nueva dictadura estalla en una poderosa huelga general, en marzo de 1935, con la que el pueblo obliga a Batista a sustituir al títere José Barnet, sucesor del títere Carlos Mendieta, por el opaco Miguel Mariano Gómez, que a su vez es reemplazado por el llamado inaugurador de la nueva época, Federico Laredo Brú. Mendieta había sido estúpido y perverso, Barnet y Gómez, insignificantes. Pero Laredo Brú era lo que puede tomarse por un hombre (ya que no por un hombre bueno), y además resultó un filón excelente para los periodistas festivos y para los autores del teatro tradicional de negrito y gallego. El pueblo se burló de él a su gusto, y se generalizó la costumbre de decir su nombre imitando una lección de solfeo: “La-Re-Do Brú”. Se decía además para aludir a su servil dependencia de Batista, que el colmo de Laredo Brú es que teniendo tres notas musicales en su nombre, no toca ni pito ni flauta.

La huelga del 35 había sido criminalmente reprimida, y lanzó algunos cubanos al exilio, entre ellos a Raúl Roa, que había crecido en el prestigio popular y había sido uno de los principales organizadores de la





huelga. Desterrado en los Estados Unidos durante el período liberal rooseveltiano, Roa fundó en Nueva York con Pablo de la Torriente la Organización Revolucionaria Cubana Antiimperialista, bajo la presidencia del más grande humanista hispanoamericano viviente, don Fernando Ortiz. Estos tres hombres dejan en esa organización, en la ORCA, sentadas las bases doctrinarias que van a orientar, casi treinta años después, el rumbo victorioso de los locos que se fueron para la Sierra Maestra. Eso es Cuba: una continuidad coherente de generaciones, una sucesión de hombres abnegados y valerosos que viene de José Martí a Fidel Castro, todos unidos por un mismo hilo de entereza revolucionaria y de amor al pueblo, que como escribió tan bellamente Bolívar, “es el que mejor conoce, con una luz verdadera, lo que es conveniente y lo que es justo”.

Con Laredo Brú volvía para Cuba un período de relativa estabilidad, favorecido por el influjo de la política rooseveltiana que estaba entonces en auge, y había atemperado la acción del imperialismo sobre nuestros países. Ese clima de respiro democrático se afianzó después con el ingreso de los Estados Unidos en la guerra. La necesidad que los norteamericanos tenían de nosotros para incrementar el esfuerzo bélico, los forzó a devolvernos en cambio algo de todo lo que nos han quitado, y nos devolvieron nuestras libertades públicas, seguramente porque era lo único que, en caso de apuro, podían volvernos a quitar. Con esos auspicios, y provistos de la mejor constitución que Cuba había tenido hasta entonces, asume directamente el poder en 1940 un Batista radiante de simpatía democrática.

En países como los nuestros, eternamente tiranizados por generales feroces, o por pequeños mesócratas que se juegan el honor nacional a la vocación de poder, se comprende que cuando entre las clases dirigentes del país o entre sus representantes en los partidos políticos aparece un hombre con quien se puede platicar sin temor a ser asesinado, los dirigentes revolucionarios descuiden en sus relaciones con estas figuras el primer deber de un revolucionario, que es la objetividad. Ahora bien, como los pasos del imperialismo no se orientan nunca en una sola dirección, junto con las directivas de “aflojar las riendas” que transmitió el Departamento de Estado a

los gobiernos hispanoamericanos al comenzar la guerra, introdujo también en todos los partidos comunistas de América como la más perniciosa mercancía de contrabando, las sofisticaciones teóricas en que un renegado norteamericano, Earl Browder, falseaba miserablemente a Marx y Lenin, y desmentía con habilidad de rábula la condición imperialista del capitalismo norteamericano. Lo representaba, no como la fase final de un sistema en creciente descomposición, sino como un cuerpo joven, robusto y saludable, en plena posesión de sus posibilidades creadoras. Se deducía de esta teoría de traidores, digna de un Haya de la Torre o de un Pepe Cachucha, que al no existir el imperialismo en América, tampoco podían tomarse por sus expresiones, aquellas que nosotros habíamos caracterizado como tales en nuestros países; y en consecuencia nos habíamos equivocado al enfrentarlas como las formas locales en que se encubría el enemigo fundamental de la clase obrera. Algunos dicen que, aquí al menos, el browderismo fue liquidado hace tiempo, mas lo que se liquidó en realidad fueron sus manifestaciones externas y su vocabulario, dejándolo hasta hoy casi intacto en sus consecuencias internas y en su alto poder contaminativo. No está curado un enfermo porque se le dé un baño y se le ponga una ropa limpia para infundirle la apariencia de un hombre sano. El browderismo, con sus consecuencias de oportunismo y tendencia a la conciliación, penetró muy hondo en el cuerpo de las fuerzas populares hispanoamericanas. Nos reblandeció y nos hizo miopes. Aceitó demasiado las coyunturas de nuestra flexibilidad, limó los filos de nuestra agresividad clasista, ablandó nuestra saludable dureza hasta volvernos excesivamente elásticos, sustituyó nuestra capacidad de discusión por un meloso cultivo de la urbanidad y buenas maneras, y nos sentó como un comensal bien educado, a la mesa del enemigo. Nos pasó como en la respuesta que le da Hamlet al rey Claudio después de haber asesinado a Polonio: “El canciller ha tenido que asistir a un banquete; pero no un banquete a donde uno va a comer, sino a que se lo coman a uno”. Y alquitaramos tan exquisitamente nuestro lenguaje político en la urbanidad browderista, que nos sucedió lo que en términos de estética señalaba Oscar Wilde: “El que deja de



decir cosas bellas, a la larga deja de pensarlas”. La memoria, que es el archivo de la experiencia, fue desechada como un objeto estorboso. Y olvidando el pasado, entonces tan reciente, de Fulgencio Batista, conquistados por su amplia sonrisa, le tendimos una mano demasiado efusiva.

Cierto que Martí había dicho que “en política hay hombres que hacen el papel de puentes y es necesario pasar por ellos”. Pero, señores, también había dicho que “para ir delante de los demás, se necesita ver más que ellos” y que “quien va en busca de montes no se detiene a ver las piedras del camino”. Les sucedió a los cubanos, con el primer Batista, como a nosotros el 23 de Enero y de nuevo al plantearse las elecciones: que confundieron lo circunstancial con lo fundamental, sentando así un precedente funesto para el destino de ese pueblo. Se fomentó, como aquí, en las clases populares, un sentimiento falso de la unidad, porque no era una unidad para discutir, sino para cambiar cumplidos, y se edificó un enorme moque a dos pillos insignificantes como Cofiño y Mujal, les bastó allá con hundirse un dedo para echar todo el edificio abajo, arrastrando en su derrumbe a un titán de los trabajadores del mundo como Jesús Menéndez.

La magnífica fuerza que parecía tener la izquierda cubana cuando el primer Batista, ¿qué se hizo cuando Grau resolvió convertir la república en un baratillo de honras administrado por su hermana Paulina? La inmensa muchedumbre que recibió en Venezuela a Nixon, ¿qué se hizo cuando llegó Moscoso? El delirante entusiasmo con que los caraqueños recibimos a Fidel Castro, ¿qué se hizo cuando los norteamericanos asaltaron a Cuba? Sabemos que los pueblos no pueden estar siempre a la ofensiva; pero si los resortes íntimos que determinan su capacidad de reacción no se vigilan constantemente y se dejan oxidar, llega un momento en que cualquier bandido, como Prío Socarrás, puede asaltar las arcas del pueblo, puede despedazar el movimiento obrero, y puede dejar lo suficientemente desmoralizado al país para que después insurja un Batista feroz y animalizado y lo someta a la fuerza de martirio y prostitución. Algún suspicaz me dirá que hasta hace poco Fidel



Castro aparecía frecuentemente fotografiado junto a Prío. Pero eso comprueba justamente la firmeza política de Fidel Castro, y en eso está parcialmente la razón de su triunfo: no era que él aparecía junto a Prío, sino que Prío aparecía junto a él. Y no hay noticia de que la Revolución Cubana haya cedido ni tanto así en su compromiso con el pueblo, en beneficio de aquellas buenas relaciones. Por eso fue Prío quien terminó por marcharse, y no Fidel Castro, porque debió comprender en la firmeza de Fidel Castro, que **la única forma de amistad que se puede tener con un hombre de ese temple, es la que Fidel propone: una amistad revolucionaria, inspirada en el común amor al pueblo.**

Cuando la amistad entre los políticos no está condicionada a esa premisa, entonces se llama amiguismo. Y es la manera más fácil de reducir los movimientos populares a simples oficinas de relaciones públicas, y a temas de conversación que por conservar las formas y evitar los rozamientos, se vuelven cada vez más insustanciales. Ocupados en cultivar fichas presuntivamente utilizables del campo enemigo, o en buscar cómo hacer bandera propia de las expresiones supuestamente conciliadoras que a veces se le escapan al contrincante, o en defender con más ardor a veces una actitud de reformista del demagógico “compañero de ruta”, que un planteamiento radical del hermano, erróneo en su exposición pero correcto en su fondo, llega un día para el estratega del amiguismo en que descubre con angustia que se ha quedado solitario entre sus fórmulas de cortesanía política, mientras sus verdaderos amigos, los hombres del pueblo, se han ido hace ya rato detrás de la nueva bandera que han reconocido su esperanza. Le pasa como a aquel simbólico Rip van Winkle del cuento de Irving, que una tarde se acostó a echar la siesta, y durmió tanto que solo vino a despertar 20 años después, para comprobar desesperado que ya nadie lo conocía en el pueblo, y que se había quedado solo en el mundo, porque las generaciones habían cambiado mientras él dormía. Les pasa que del oficio político solo les ha quedado la habilidad para manejar



las palabras, y ante la imposibilidad de explicarse un fenómeno de la Historia que no contaba en sus envejecidos esquemas, como la insurgencia de Fidel Castro, deciden que Fidel Castro es un aventurero y un loquito. Les pasa como en el campo del arte, les pasó aquí a muchos con la pintura: que creyeron que el verdadero pintor de la patria era el cuerdo Tito Salas, porque la había expresado en un lenguaje casero que todos conocíamos, y resultó que donde estaba la auténtica y eterna Venezuela, desentrañaba en las secretas sugerencias de su tierra y sorprendida en la intimidad de esa luz especial que se refleja en el alma de sus hombres, era en la pintura del loco Armando Reverón. Como habíamos limitado a los términos subalternos del detalle aislado nuestra capacidad de visión totalizadora del conjunto, fuimos incapaces de percibir la significación de Fidel Castro como valor de relación. Y si algunos insisten en seguir mirando su victoria como la obra de un milagro, es por milagro de la Revolución Cubana:

No nos compunge andar un poco solos, sabiendo como sabemos, que nuestro ejército está debajo de la tierra y saldrá a su hora, y bajará del cielo, pronto y bien amado. ¡Levanten el ánimo los que lo tengan cobarde!, ¡treinta hombres se puede hacer un pueblo!

CARACAS, 23-25 DE JULIO DE 1961



*“La mejor manera
de decir es hacer”.*



Se terminó de imprimir
en enero de 2015
en Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas - Caracas.

La edición consta de 3.000 ejemplares.

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve/mppc/

twitter: @perroyranalibro

facebook: editorialelperroylarana



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**



juventud
BICENTENARIA